

El deporte en el campo diplomático: el caso de la Copa Mundial de la FIFA Sudáfrica 2010*

Eduardo Carreño Lara**

Resumen

Por más de cuarenta años, el fútbol fue considerado en Sudáfrica un importante escenario en la lucha por la libertad. Así, el movimiento anti-apartheid obtuvo simbólicos y cruciales logros en este campo cuando la federación local fue suspendida por la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA) de todas las competencias internacionales hasta 1992.

Ya en democracia, el fútbol —como otras disciplinas deportivas— ha sido considerado una instancia de encuentro y reconciliación en una sociedad marcada por clivajes raciales, por lo cual la adjudicación de la Copa Mundial de la FIFA fue aclamada por los sudafricanos y por todo el continente africano como una gran victoria que hacía crecer las expectativas en torno a los beneficios de este evento para mejorar la calidad de vida de millones de personas.

[170]

El objetivo principal de este artículo es analizar las motivaciones políticas, económicas y sociales tras la organización de la Copa Mundial de la FIFA Sudáfrica 2010. Es un estudio explicativo sustentado en la revisión de fuentes secundarias e información oficial entregada por el gobierno de Sudáfrica tendiente a estimar las implicancias diplomáticas de un evento que claramente sobrepasó lo netamente deportivo.

Palabras clave

Sudáfrica; Política Exterior; FIFA; Copa Mundial; Fútbol y Política.

Fecha de recepción: abril de 2012 • **Fecha de aprobación:** octubre de 2012

Cómo citar este artículo

Carreño Lara, Eduardo. (2012). El deporte en el campo diplomático: el caso de la Copa Mundial de la FIFA Sudáfrica 2010. *Estudios Políticos*, 41, Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, pp. 170-188.

* Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el XIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Estudios de Asia y África. Bogotá, 23-25 de marzo de 2011. Agradezco los valiosos comentarios y sugerencias de Mariana S. Leone (Grupo de Estudios Internacionales, Universidad Autónoma de Madrid), como también de los evaluadores anónimos de esta publicación.

** Magíster en Relaciones Internacionales y Estudios Africanos, Universidad Autónoma de Madrid, España. Profesor-investigador del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile. Correo electrónico: ecarreno@uchile.cl

Sport in the Diplomatic Arena: The Case of FIFA World Cup South Africa 2010

Abstract

For over forty years, the soccer was considered in South Africa an important scenario in the struggle for freedom, obtaining the anti-apartheid movement symbolic, but crucial achievements in this sphere when the local federation was suspended by FIFA from all international competitions until 1992.

Once democracy, the soccer -like other sports- has been considered an instance of encounter and reconciliation in a society marked by racial cleavages, thus awarding the FIFA World Cup was hailed by the South Africa's people and the African continent as a great victory that raised expectations about the benefits of this event to improve the quality of life for millions of people.

Therefore, the purpose of this article is to analyze the political, economical and social motivations behind the organization of FIFA World Cup South Africa 2010. It is an explanatory study supported by the review of secondary sources and official data provided by the South African government aimed at estimating the diplomatic implications of an event that clearly surpassed the purely sporting.

Keywords

South Africa; Foreign Policy; FIFA; World Cup; Soccer and Politics.

[171]

Introducción

El fin del régimen del Apartheid en Sudáfrica significa el desarrollo de una activa política exterior tendiente a posicionar al país no solo como una potencia regional sino también como una potencia media en desarrollo en el concierto global. Se ha buscado consolidar el prestigio internacional recuperado a partir del gobierno de Nelson Mandela (1994-1999) a través de una estrategia sustentada en el multilateralismo, en un rol propositivo en la discusión de los grandes temas de la agenda global y en el fortalecimiento del orden regional e internacional.

En este sentido, el deporte y sus diversas manifestaciones han sido piezas clave de esa estrategia internacional, siendo los eventos deportivos de gran convocatoria instrumentos de política doméstica y exterior que contribuyen a que la sociedad sudafricana se sobreponga a sus carencias y proyecte a partir de estas mediáticas instancias un futuro mucho más auspicioso.

Así, el objetivo de este trabajo es, por una parte, ahondar en las motivaciones políticas, económicas y sociales que hay tras la decisión de Sudáfrica de asumir el desafío de organizar la XIX Copa Mundial de la FIFA, aun en consideración de la millonaria inversión y de la cantidad de tareas pendientes en el quehacer público local (educación, salud, vivienda); y por otra, estimar los costos y beneficios en el plano diplomático derivados de la realización de un evento que claramente sobrepasa lo netamente deportivo.

[172]

1. Sudáfrica en el sistema internacional de la post Guerra Fría: algunas consideraciones

La instalación en Sudáfrica del Gobierno de Unidad Nacional del Congreso Nacional Africano (CNA) en 1994 expresa una profunda transformación de su sistema político tanto en la definición de sus objetivos, como en su diseño, implementación y conducción institucional. Este proceso iniciado por Frederick De Klerk en 1991 con la supresión del *Apartheid*¹

¹ Para David Owen, ex Ministro de Relaciones Exteriores británico, el rol desempeñado por Frederick De Klerk en la transición política sudafricana es comparable —en cierta medida— al desempeñado por Mijaíl Gorbachov en la ex URSS, por cuanto fue capaz de impulsar los cambios requeridos en un escenario de constantes presiones económicas y que se encontraba al límite de la propia supervivencia. Así, un gobierno emanado de un orden establecido decide anticipar la crisis y ejecutar las reformas necesarias (Cf. Salvatierra 1991).

significa, asimismo, una oportunidad para materializar soluciones pacíficas a los retos que imprime la nueva agenda global a los estados africanos, en particular, las profundas desigualdades sociales, la inestabilidad política, los conflictos armados, el hambre y el combate del VIH/Sida.

En materia de política exterior se transita de la defensa de un régimen cuestionable y políticamente inviable en la post Guerra Fría, a la definición de una estrategia de inserción internacional que busca proyectar —por una parte— el trascendental trabajo que se inicia en pro de la reconciliación de una sociedad profundamente dividida a consecuencia del *Apartheid*; y por otra, el posicionamiento en un mundo globalizado en el ámbito político, económico y comercial, desafío ante el cual se encuentra en mejores condiciones de enfrentar en comparación con los demás estados de África Subsahariana (Cf. Bischoff y Southall, 1999).

En cuanto a su orientación, la política exterior del presidente Nelson Mandela adopta una posición universalista, en la que no existen enemigos en la arena internacional y se reconoce a todos los Estados sin importar su orientación ideológica; estrategia que claramente busca retribuir el apoyo recibido en el pasado en la lucha contra el *Apartheid* tanto de distintos gobiernos y movimientos de liberación, como de grupos de solidaridad transnacionales de todo el espectro político. Sin embargo, en el nuevo gobierno sudafricano surgen voces que hacen ver que ya no todas las luchas y demandas son compatibles con el proyecto político del gobierno del CNA, debiendo este —en definitiva— determinar con claridad el lugar que se quiere ocupar en la política mundial.

[173]

Al respecto, el presidente Nelson Mandela (Cf. 1993) sostiene que para el desarrollo de un país pacífico y próspero, Sudáfrica requiere de una nueva política exterior por cuanto habiendo el *Apartheid* carcomido la esencia de la vida, el pueblo sudafricano no merece nada menos que la protección de este derecho, la libertad y la búsqueda de la felicidad. De este modo, el primer gran dilema se da en torno a si optar por una reinserción internacional basada más en principios que en pragmatismo, debate suscitado en particular por el lugar que deben ocupar los derechos humanos en la agenda internacional sudafricana en consideración del trágico pasado reciente del país.

Para muchos colaboradores del presidente Mandela, el nuevo gobierno debe impulsar una ruptura definitiva con el régimen del *Apartheid* y sus políticas, por lo cual, no solo los derechos humanos deben transformarse en el eje de la estrategia internacional sudafricana, sino también la nueva

diplomacia debe evitar la hegemonía y propiciar una relación más horizontal en su entorno regional inmediato y trabajar junto a estos países en la búsqueda de un espacio en el tratamiento de los asuntos globales en condiciones de menor asimetría de poder e influencia (Cf. Alden y Le Pere, 2006).

En torno a una visión distinta, por su parte, se identifica a quienes propician la implementación de una política exterior de carácter realista, en la que es imposible que los derechos humanos sean prioridad por cuanto —una vez recuperada la democracia— las demandas sociales en el ámbito interno son extremadamente complejas, por lo tanto, un gobierno responsable ante la ciudadanía no puede priorizar este tema en el plano diplomático sobre la urgencia de la reconstrucción y el desarrollo del país. Es necesario, entonces, debatir sobre cuál debe ser la identidad de esta nueva Sudáfrica en el sistema internacional, estableciéndose para ello en 1996 un grupo de trabajo que reúne a representantes del Departamento de Relaciones Exteriores y de otras entidades gubernamentales² con el objetivo de definir y hacer viable el concepto de *interés nacional*.³

[174]

Sin embargo, las conclusiones de esta instancia no son las esperadas, emergiendo como acuerdo de estas reuniones tan solo una vaga declaración, una idea de *interés nacional* que por su ambigüedad potencialmente justifica cualquier acción política: el deber del Gobierno de promover la seguridad y el bienestar de los ciudadanos sudafricanos utilizando los medios que tenga a su disposición (Cf. Venter, 2001). De este modo, la política exterior de Sudáfrica fija como principales desafíos en su quehacer internacional, primero, mantener su estatus de potencia regional y consolidarse en el ámbito global como un actor relevante, estableciendo un sistema de alianzas con

² Entre 1994 y 1995 se realizan varios talleres de trabajo en el Departamento de Relaciones Exteriores, los cuales —presididos por el Viceministro— buscan definir cuestiones específicas y la orientación general que tendrá la nueva política exterior sudafricana. Muchas instituciones, organizaciones y personas son convocadas, así como el Comité de Relaciones Exteriores de la Asamblea Nacional; y los Comités de Comercio e Industria, Empresas Públicas y Relaciones Exteriores del Senado.

³ El realismo supone que el concepto de “interés” —definido como poder— es una categoría objetiva de validez universal, sin embargo, quienes cuestionan este paradigma sostienen que no proporciona criterios para identificar intereses específicos, compararlos y establecer una jerarquía entre ellos para plantear opciones de política, ni para evaluar los costos y beneficios de ellas, provocando un aumento de la complejidad del sistema internacional debido a la proliferación de intereses contrapuestos. De este modo, al no existir una medida y al dificultarse así su comparación con otras políticas alternativas, todo juicio pierde objetividad, llevando esto a que el concepto sea utilizado de dos maneras distintas: primero, como un criterio para evaluar una situación determinada y adoptar el curso de acción que estime mejor el decisor; y segundo, como justificación para decisiones ya tomadas, adquiriendo esta última acepción mayor importancia con el aumento de la influencia de los medios de comunicación y de la opinión pública.

otros Estados en similar posición a fin de hacer frente a las grandes potencias; segundo, concertar con actores estatales y transnacionales soluciones a problemas regionales y mundiales; y tercero, atraer los ojos de la comunidad internacional a las problemáticas de África Subsahariana a fin de obtener alternativas de solución.

En este sentido, los contactos diplomáticos aumentan ostensiblemente en relación con el régimen del *Apartheid*, contabilizándose en 1990 tan solo 30 representaciones en el extranjero y casi ninguna participación en organizaciones internacionales (Cf. Barber, 2005). En una realidad diametralmente opuesta, Sudáfrica, al término del gobierno de Nelson Mandela, suma 124 misiones diplomáticas acreditadas y desempeña un activo rol en organizaciones regionales y mundiales como el Movimiento de Países No Alineados, la Organización Mundial del Comercio, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD por su sigla en inglés), la Comunidad de Desarrollo de África Austral (SADC por su sigla en inglés), la Organización de la Unidad Africana (actual Unión Africana) y la Organización de las Naciones Unidas (ONU), instancia en la que aspira a ocupar un asiento como Miembro Permanente del Consejo de Seguridad (Cf. Nel, Taylor y van der Westhuizen, 2000).

Por otra parte, históricamente Sudáfrica ha sido considerado un país semi-industrializado, una potencia regional y una potencia media en desarrollo en el ámbito global. Ha logrado un claro liderazgo en el continente africano, tiene la intención de ejercerlo y este es reconocido o al menos respetado por otros países; ostenta los recursos materiales (militares, económicos), político-institucionales e ideológicos para una proyección de su poder en la región; y ejerce esa influencia ya sea mediante estructuras de gobernanza regional o en foros globales donde opera en función de sus intereses nacionales y en ciertos ámbitos representando los intereses del continente (Cf. Nolte 2006).

Este estatus internacional y su auto percepción de potencia regional y potencia media en desarrollo en el contexto global, han llevado a Sudáfrica a conducir su política exterior en dos niveles: primero, con los países desarrollados, en una relación sistemática y orientada a ámbitos específicos; y segundo, con los países en desarrollo, en particular, con el resto de los estados africanos, destacando en esta relación la alta politización de la misma. De acuerdo con Paul-Henri Bischoff (Cf. 2003), las relaciones diplomáticas con los países del norte se caracterizan por un paternalismo de estos y por periódicas contribuciones de Sudáfrica a la formación de regímenes

internacionales que pueden ayudar a constituir un multilateralismo efectivo; lo cual difiere —por su parte— de la estrategia llevada a cabo hacia África, en que las dificultades políticas domésticas e internacionales de estos Estados impiden el despliegue de una política exterior tendiente a la materialización de una reforma institucional y económica en el continente (Cf. Alden y Le Pere, 2006).

No obstante, a partir del gobierno del presidente Thabo Mbeki (1999-2008) su espacio regional inmediato cobra mayor relevancia en la estrategia de inserción internacional de Sudáfrica. En efecto, el presidente Mbeki sostiene que su país debe liderar el renacimiento del continente africano, hacer suya la causa de los países en desarrollo en las distintas organizaciones internacionales y ser parte del grupo de aquellos Estados que lideran las reformas globales;⁴ para lo cual se definen principios orientadores específicos que de algún modo armonizan aquellas dos visiones contrapuestas de la diplomacia sudafricana.

Se trata de una política exterior que propicia la democracia como forma de gobierno y la interdependencia económica global; una observancia, reconocimiento, respeto y promoción de los derechos humanos; el fortalecimiento de la integración y cooperación regionales a partir del desarrollo económico de Sudáfrica; y el respeto al derecho internacional, el rechazo al uso de la fuerza y el fortalecimiento de los medios pacíficos de solución de controversias (Cf. Nanjira, 2010). Para su consecución en África Subsahariana, estos principios implican el establecimiento de genuinas democracias, una fuerte lucha contra la corrupción y profundas reformas económicas tendientes a atraer inversión y capitales extranjeros.

[176]

2. El deporte como estrategia de política exterior

Los Estados se valen de diversos instrumentos de política exterior (políticos, económicos, ideológicos, culturales), siendo determinante en la utilización de uno u otro la importancia asignada al asunto en cuestión y la

⁴ Desde 1994 Sudáfrica es parte de una serie de acuerdos internacional relativos a la superación de la pobreza, el subdesarrollo, el racismo y los conflictos armados, destacando su presencia en UNCTAD x, en la adopción de la Declaración de Fancourt de la Reunión de Jefes de Gobierno del Commonwealth, la Cumbre del Sur en Cuba, los Objetivos de Desarrollo del Milenio y las necesidades especiales de África, la III Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Países Menos Adelantados, el Plan para África del G-8, el Consenso de Monterrey de la Conferencia de Financiación para el Desarrollo, y los resultados de la Conferencia Mundial contra el Racismo y de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Sostenible (Cf. Makalima 2004).

posición que ocupa cada país en el sistema internacional. Para los realistas, el fin último de todo Estado pasa por conservar o aumentar su capacidad de poder en el concierto global, no olvidándose de que estas consideraciones pueden comprender cualquier cosa que establezca o mantenga el control del hombre sobre el hombre, desde la violencia física hasta el más sutil grado de influencia en una decisión (Cf. Morgenthau, 1986).

En este sentido, para George y Keohane (Cf. 1991) el diseño, implementación y evaluación de la política exterior de los Estados supone una multiplicidad de valores e intereses particulares difíciles de armonizar, siendo necesario para el decisor aplicar el criterio de interés nacional a fin de reducir el problema de la complejidad axiológica y afrontar las incertidumbres que afectan la elección entre políticas alternativas.

Por otra parte, el constructivismo contribuye a través de sus planteamientos a explicar cómo elementos intersubjetivos —tales como visiones y conocimientos compartidos que surgen históricamente a partir de prácticas reiteradas entre los Estados— conforman tanto la identidad de los Estados, como sus intereses y comportamiento internacional. Así, la *identidad nacional*⁵ surge al establecerse el criterio de inclusión-exclusión (*yo y el otro*); el cual, si se ve reforzado por medio de elementos simbólicos y emocionales, consolida la auto-imagen nacional, hace más predecible el comportamiento del Estado en materia de política exterior y sirve de catalizador para una movilización en situaciones específicas (Cf. Kim, 2006).

[177]

En este sentido, precisamente uno de los elementos intersubjetivos del poder que tradicionalmente es utilizado para generar o consolidar una identidad nacional es el *prestigio* global, entendiendo como tal el deseo individual o colectivo —como fin en sí mismo— de público reconocimiento de un éxito (Cf. Markey, 2000). Este puede ser deliberadamente manipulado para promover los intereses de un Estado, que para los realistas es una indispensable fuente de poder por cuanto la lucha no solo supone métodos tradicionales de presión política y fuerza militar, sino también de otros instrumentos que permiten conquistar la mente de los hombres (Cf. Morgenthau, 1986; Youngho, 2004).

El prestigio se transforma en un instrumento de política exterior ya que desde una visión materialista los Estados poderosos buscan, a través de

⁵ La “identidad nacional” es el sentimiento subjetivo del individuo a pertenecer a una comunidad en la que existen diversos elementos que la cohesionan y hacen única, como la lengua, la religión, la cultura o la etnia (Cf. Vicente y Moreno 2009).

este, dar señales de sus capacidades de una manera en que de lo contrario no podrían hacerlo tan fácilmente, impresionando a la vez a otros actores internacionales mediante la utilización de símbolos en pro de mejorar sus capacidades de negociación y coerción.

La búsqueda instrumental de prestigio es un claro reflejo de la intención de fortalecer la presencia de los Estados en el sistema internacional, demostrando claramente sus capacidades y enmascarando sus debilidades (Cf. Markey, 2002). En este contexto, obtener prestigio internacional a través de triunfos en distintas justas deportivas mundiales o mediante la organización de este tipo de mega eventos, implica la movilización de grandes sumas de esfuerzos y recursos, dando cabida también a nuevos agentes en la diplomacia de los Estados: atletas, clubes, federaciones locales y organizaciones deportivas transnacionales.

[178] Históricamente, la política ha sido jugada en los diferentes campos deportivos. La relación entre estas dos dimensiones del quehacer público ha sido explotada por las autoridades políticas a fin de consolidar su legitimidad interna y a partir de esta su prestigio externo, logrando primero, una positiva identificación entre el individuo y su país; segundo, una unidad interna en torno al reconocimiento y fama que se obtiene de los éxitos de sus deportistas, aun cuando se viva en un régimen no democrático; y tercero, la obtención de un poderoso instrumento político para superar problemas sociales y raciales (Cf. Vásquez, 1991).

Por estos días, inspirados en el legado de Pierre de Coubertin —padre del olimpismo moderno— la práctica deportiva es considerada la instancia en que hombres y mujeres logran apreciarse más allá de cualquier diferencia política, social, económica, racial o ideológica, promoviendo a través de esta la amistad entre los pueblos y la paz mundial. En este sentido, de acuerdo con lo planteado por Jean Meynaud (Cf. 1972), el deporte entrega a los ciudadanos *virtudes cívicas*, es decir, cualidades que inducen a estos a participar en los asuntos públicos, a hacerlo con sentido de equidad, tolerancia y respeto por quien piensa distinto. Parafraseando a de Coubertein, las características propias de una sana justa deportiva hacen de ella una escuela preparatoria para la democracia.

Desde una perspectiva neoliberal, por su parte, el deporte es visto como un instrumento que permite transformar o dar la percepción de transformación de sociedades atrasadas en modernas, civilizadas y consolidadas; existiendo tres estrategias para reflejar lo anterior: primero, el *fortalecimiento de la*

infraestructura física, discurso particularmente seguido por FIFA y que habla de la relación existente entre el desarrollo de la infraestructura deportiva de un país para recibir un mega evento, y el fortalecimiento de la red de telecomunicaciones, el transporte y el turismo; segundo, el *desarrollo socioeconómico*, idea que sostiene que los grandes eventos deportivos y sus proyectos asociados contribuyen a una reducción de la pobreza a través de un fomento de la inversión privada y de la operación de la economía de mercado; y tercero, *el deporte incrementa los negocios* e impulsa un compromiso con la responsabilidad social corporativa (Cf. Levermore, 2004).

En una visión muy distinta a lo anteriormente expuesto, Robert Redekera (Cf. 2008) sostiene que el deporte puede considerarse un “constructo antropológico” que impulsa hoy en día el desarrollo de un “mutante” que ha olvidado por completo el espíritu que inspiraba a griegos y romanos de buscar la perfección del hombre, reemplazándose este principio por la misión de ser el primero e ir más allá de los límites de su humanidad. En el plano internacional, el deporte es un “opio político”, corresponde al espacio paradiplomático en el que las naciones ponen en escena sus *ilusiones de poder* en tanto los Estados tratan de utilizar el deporte para sus propios fines y para la promoción de alguna estrategia política; pero no tienen éxito ya que el deporte, sus instituciones internacionales y su industria asociada devoran el quehacer público.

[179]

Asimismo, el deporte es parte de la misión “civilizatoria”⁶ del imperialismo y del experimento colonial, encontrándose —de acuerdo con Bale y Cronin (Cf. 2003)— huellas de esas prácticas en tiempos actuales. Sin embargo, debido a la necesidad de contar con normas, órganos administrativos comunes y federaciones internacionales, la posibilidad de aumentar la representatividad del mundo postcolonial es limitada, más aun si se toma en cuenta que el mundo del deporte es un millonario negocio desarrollado a través de una poderosa red que manifiesta un imperialismo informal.

Finalmente, se sostiene que el deporte —en particular su difusión— es un significativo elemento en la constitución de una nación, del Estado-

⁶ En el caso de África es posible hablar de la imposición de un *estándar de civilización*, es decir, de una visión de mundo y de las relaciones entre los Estados compartida por las potencias colonizadoras europeas que más tarde será codificada en algunos textos legales; contribuyendo este principio a definir la identidad nacional y las fronteras externas de la sociedad internacional al dividirse los Estados, pueblos y territorios en *civilizados, sociedades bien ordenadas y salvajes* (Cf. Peñas, 1999; Gong, 1984).

nación, de la identidad nacional y de la estructura interestatal, por cuanto la masificación de los eventos deportivos y la imagen de competitividad de estos perpetúan el orden westfaliano a través de una interpretación de cómo el mundo está cartográfica y sociopolíticamente dividido en la competencia interestatal, siendo esta la forma natural, propia, civilizada y moderna de ordenar la comunidad internacional (Cf. Levermore, 2009).

3. La Copa Mundial de la FIFA Sudáfrica 2010... Más allá de lo deportivo

Sudáfrica ha hecho del deporte y del fútbol en particular una pieza angular de su estrategia de inserción internacional, cuya práctica sirve —en los años de la segregación racial— como un catalizador que humaniza día a día la vida de millones de personas, capturando su interés e impulsando de algún modo la lucha contra el *Apartheid*.⁷ Del mismo modo, la realización de la Copa Mundial de la FIFA en territorio sudafricano significa mucho más que acoger un mega-evento deportivo: implica celebrar el renacer de un país y un continente cargado de un pasado traumático.

[180] Así, el fútbol está a la vanguardia de los cambios sociales, políticos, culturales y económicos que ha vivido África los últimos años. Es mediante el deporte que los países africanos han logrado un mayor prestigio en la escena internacional, han fortalecido su identidad nacional y han logrado difundir planes y programas de educación y salud pública.⁸

En efecto, esta visión del deporte como instrumento político es planteada por el primer Presidente de Ghana, Kwame Nkruma, quien luego del inicio del proceso de descolonización tiene la visión de una nueva África: un continente que reúna a todos a los Estados, donde el deporte tenga la

⁷ Durante los años del *Apartheid*, Sudáfrica es excluida de los grandes eventos deportivos: suspendida en 1964 y expulsada en 1971 del Comité Olímpico Internacional; como también suspendida en 1962 y expulsada en 1976 de la FIFA.

⁸ En vista de este éxito, Naciones Unidas se transforma en uno de los mayores promotores de la Copa Mundial de la FIFA Sudáfrica 2010, por cuanto este evento deportivo puede ser aprovechado como un impulso para los proyectos existentes que contribuyen al cumplimiento en África de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, los cuales abordan temáticas como la prevención del VIH/Sida, la sustentabilidad del medio ambiente, la protección de la infancia, la vida saludable, el racismo, la educación y la igualdad de género. Asimismo, destacan la Resolución 64/5 adoptada por la Asamblea General en su sesión plenaria del 19 de octubre del 2009 (*Copa Mundial de la Fédération Internationale de Football Association que se celebrará en Sudáfrica en 2010*), y la Resolución 13/27 del Consejo de Derechos Humanos del 26 de marzo de 2010 (*Un entorno deportivo mundial exento de racismo, discriminación racial, xenofobia y formas conexas de intolerancia*).

misión tanto de mejorar la dignidad y el orgullo de los pueblos, como de modelar y movilizar a la juventud de una nación. Por su parte, Mobutu Sesé Seko también reconoce tempranamente el beneficio que significa un éxito deportivo para los líderes políticos en su búsqueda de prestigio personal, nacional e internacional, aprovechando los triunfos de los deportistas locales para impulsar su política de africanización y la eliminación sistemática de los símbolos de la colonización (Cf. Allison y Monnington, 2002).

Por otra parte, como es sabido, África tradicionalmente es considerada como un actor secundario en la escena internacional. Para Scarlett Cornelissen (Cf. 2004a), el continente africano ha desempeñado un rol marginal en la economía mundial y está desligado casi por completo de la estructura y los principios capitalistas, siendo quizás su mayor vinculación con estos la alta influencia que ejercen las corporaciones comerciales que financian los grandes eventos deportivos; transformándose estos actores transnacionales en articuladores del ingreso de los países en desarrollo al mundo globalizado, los cuales buscan participar en el comercio internacional e impulsar el turismo local a través de la organización de Juegos Olímpicos o distintas copas mundiales.

En el caso de Sudáfrica, la intención de acoger una Copa Mundial de la FIFA es asumida como un mega proyecto a partir de 1998, luego de ganar en casa la Copa Mundial de Rugby (1995) y la Copa Africana de Naciones (1996), dos instancias en que el sentimiento de reconciliación y los esfuerzos del gobierno de Nelson Mandela por constituir una sola nación se hacen sentir con mucha fuerza en el ámbito interno.

El proyecto original busca organizar el Mundial del año 2006, sin embargo, la designación de Alemania como sede en desmedro de esta candidatura no merma las altas expectativas que genera tener éxito en postulaciones venideras. En este sentido, son particularmente interesantes los argumentos planteados por el Comité Organizador Local y el gobierno del Presidente Thabo Mbeki, los cuales replican ideas similares a las esgrimidas por otros países en desarrollo: primero, existe un énfasis en las modernas características del eventual país anfitrión y en los beneficios que trae consigo la adjudicación de una sede; segundo, los postulantes se proyectan en sus candidaturas como democracias jóvenes, estables y líderes en el ámbito regional; y tercero, la población local se encuentra preparada para recibir un torneo de tamaño envergadura en términos de los potenciales beneficios (Cf. Bolsmann, 2010).

Del mismo modo, durante la candidatura se sostiene que los eventuales beneficios de una designación de Sudáfrica como sede de la Copa Mundial de la FIFA 2010 eran extrapolables a todo el continente africano, donde el fútbol es el deporte más popular. La prosperidad y confianza pueden extenderse a todos los países africanos por cuanto la postulación no corresponde a un Estado o federación local, sino que encarna el sentimiento de una familia de países hermanos, con los cuales, a partir de este trascendental hito en su historia independiente, puede trabajarse en proyectos que contribuyan al fortalecimiento de la paz y seguridad regionales, a la consolidación de la identidad nacional, al desarrollo sustentable, a la protección del medio ambiente y el patrimonio y al fomento del turismo y la cultura.

Este discurso coincide con los esfuerzos desplegados por Sudáfrica en el entorno regional con el objetivo de establecer el *Nuevo Partenariado para el Desarrollo de África (NEPAD*, por su sigla en inglés), instancia diseñada como un programa político y económico tendiente a posicionar internacionalmente al continente sobre la base de la promoción de la democracia y el buen gobierno, principios que los líderes políticos sudafricanos consideran haber cumplido y que hacen de su país un digno candidato (Cf. Cornelissen, 2004b). Así, en definitiva, el objetivo es uno: manifestar con claridad en la postulación sudafricana que África es un actor relevante en el quehacer mundial y su potencial va mucho más allá de cualquier apreciación que pueda hacerse sesgadamente desde los países del norte.

[182]

Por otra parte, en este difícil desafío es necesario vencer incluso la resistencia de muchos altos personeros de la FIFA, hecho que reflota la histórica catalogación dada a esta organización de instrumento de dominación neocolonial europea.⁹ De acuerdo con la apreciación de varios dirigentes, la organización del mundial de fútbol por parte de un país de segundo orden en el plano político, deportivo y económico constituye un riesgo demasiado alto en consideración de la gran inversión requerida por parte del Estado anfitrión, la necesidad de resguardar el prestigio de este evento y,

⁹ Si bien el fútbol se desarrolló en África de una manera fortuita, quizás en los más remotos pueblos durante el periodo colonial en los grandes centros industriales los europeos utilizaron su posición hegemónica para imponer valores culturales y deportivos occidentales a fin de conseguir su propio beneficio. Como resultado, habiendo tenido África un patrimonio cultural vivo que incluía arraigadas tradiciones deportivas, estas se vieron considerablemente reducidas y en muchos casos totalmente destruidas. FIFA ha institucionalizado nuevamente esta práctica, por cuanto la promoción del fútbol —especialmente a través del sistema educativo— busca que la población africana acepte el neocolonialismo, facilitándose así la penetración económica (Cf. Darby, 2000).

principalmente, los millones de dólares en juego por concepto de publicidad y derechos de televisión.¹⁰

En este contexto, sin embargo, la candidatura sudafricana logra imponerse a las presentadas por Egipto y Marruecos, generándose un sentimiento de triunfalismo y cohesión social que permite afrontar de mejor manera al gobierno sudafricano y al Comité Organizador Local tres grandes retos: primero, poner en marcha todos aquellos proyectos asociados a mejoras en infraestructura (estadios, obras viales, transporte); segundo, implementar efectivas políticas de seguridad pública; y tercero, impulsar un incremento sostenido del turismo.

En infraestructura, el gobierno de Sudáfrica desde 2004 incrementa considerablemente el presupuesto público para inversiones en estadios y proyectos asociados, asignándose para el año 2008 un presupuesto total de US\$ 1.8 billones para el periodo que se extiende al año 2011, del cual US\$ 1.23 billones son destinados a la construcción y reparación de estadios y campos deportivos, y US\$ 0.62 billones a obras en infraestructura, cifra que es complementada con una inversión de US\$ 1.54 billones en el sistema de transporte ferroviario *Gautrain* (Cf. Du Plessis y Maenning, 2009).

La seguridad pública también es un factor para considerar durante todo el proceso de organización de la Copa Mundial de la FIFA. Sudáfrica, por muchas décadas, ha experimentado niveles de extrema violencia, siendo desde 1994 los delitos más comunes los homicidios (310.000), las agresiones sexuales (711.000) y los asaltos (más de 6.600.000) (Cf. Horn y Breetzke, 2009). Ante este preocupante escenario, el gobierno sudafricano y el Comité Organizador Local disponen de un plan que implica fortalecer cinco áreas estratégicas en el combate a la delincuencia y que tiene como objetivo central generar un clima de confianza en el país que permita proyectar tranquilidad a potenciales visitantes extranjeros durante la cita mundial (Cf. Burger, 2007): primero, el establecimiento de un *mecanismo integrado de cooperación operacional*, cuyo objetivo pasa por planificar y ejecutar políticas de seguridad pública; segundo, la *definición de una estrategia integrada de*

[183]

¹⁰ FIFA ofrece a sus patrocinadores y auspiciadores —a diferencia de otras competiciones deportivas internacionales— una asociación oficial basada en la promoción exclusiva de su marca a nivel mundial, en el mercado local del país sede, y un apoyo publicitario a través de las cadenas oficiales de radio y televisión, internet y otros medios de comunicación. Así, en la realización de la Copa Mundial de la FIFA Sudáfrica 2010 destacaron como socios comerciales Adidas, Emirates, Sony, Coca-Cola, Hyundai/Kia y Visa; como auspiciadores, Budweiser, Continental, MTN, Castrol, McDonald's y Satyam; y como patrocinadores locales, FNB, Telkom.

seguridad, tendiente a proteger la seguridad de estadios, recintos de práctica, lugares públicos, centros de prensa, los principales hoteles, transporte público, aéreo y puertos marítimos, principales rutas y lugares de interés turístico; tercero, *asignación de un gran contingente policial para resguardar el evento*, alcanzando durante los días de la Copa Mundial un despliegue de casi 180.000 hombres; cuarto, un *entrenamiento profesional de las fuerzas policiales*, incluyendo a reservistas que reciben la orientación requerida; y quinto, la *puesta en práctica, con antelación, de los planes policíacos*, se destaca el despliegue hecho el año 2009 durante la Copa Confederaciones y en las elecciones generales sudafricanas.

El sector turístico, por su parte, se transforma desde 1994 en un ámbito estratégico de la economía nacional sudafricana, radicando su importancia no solo en el aumento de turistas extranjeros, sino también en la captación de inversiones transnacionales y en un posicionamiento de la imagen país. En este sentido, como sostienen Chalip, Green y Hill (Cf. 2003), la viabilidad política y económica de llevar a cabo eventos deportivos de alta convocatoria depende a menudo de ganancias que pueden obtener las comunidades anfitrionas, siendo para ello necesario coordinar una estrategia de comercialización y una potente campaña comunicacional relativa al valor del acontecimiento.

[184]

Así, el Comité Organizador Local de la Copa Mundial de la FIFA busca aprovechar el aumento de la exposición del país en los medios de comunicación antes, durante y después del evento futbolístico, visibilizando a potenciales turistas internacionales destinos tradicionales (Parque Nacional Kruger, Sun City, Lion Sands, entre otros). De acuerdo con un informe del Departamento de Asuntos Medioambientales y Turismo de Sudáfrica (Cf. 2010), la Copa Mundial de la FIFA significa recibir a 309.554 turistas extranjeros durante los días de realización del evento, provenientes en un 38% del continente africano y en un 24% de Europa; siendo las provincias de Gauteng, Western Cape y KwaZulu-Natal las más visitadas, al recibir 223.039, 108.384 y 83.819 turistas respectivamente.

Sin embargo, si se toma en consideración que uno de los objetivos de recibir la cita futbolística mundial es hacer partícipe de los beneficios turísticos de este evento al resto del continente, es pertinente señalar que esta meta es parcialmente cumplida, por cuanto solo el 5% del total de los visitantes extranjeros a Sudáfrica se traslada durante su estadía a otros países de la región: Zimbabwe (3.868 visitantes), Egipto (1.988 visitantes) y Botswana (1.899 visitantes) son los destinos escogidos con mayor frecuencia.

En suma, como puede apreciarse, la Copa Mundial de la FIFA Sudáfrica 2010 implica un trabajo que trasciende completamente el ámbito deportivo. Compromete al país en su conjunto a través de una alta movilización de recursos con el claro objetivo de posicionarse regional y globalmente a partir de una estrategia pacífica de inserción internacional en el campo político, institucional y económico.

Consideraciones finales

Una de las características más importantes de las competencias deportivas internacionales es su impacto en la percepción de identidad local, regional, nacional y continental. En efecto, su práctica bajo los colores de una bandera impulsa el afloramiento de un sentimiento de pertenencia y comunidad sustentado en la emotividad que generan estas justas en torno a mitos, dramas, “héroes”, “villanos” y experiencias colectivas que contrastan la alegría y el dolor.

Así, el fútbol sigue siendo uno de los espejos más fieles y poderosos del alcance de cuestiones como el nacionalismo, el género, la discriminación racial y los clivajes políticos locales e internacionales, del mismo modo que ha servido históricamente como forma de resistencia e impulsor de cambios sociales. Sin embargo, en la formación de la identidad el fútbol parece ocupar una posición de mayor relevancia por cuanto —apelando a simbolismos— promueve un sentido de nación, especialmente en un continente como África donde las potencias coloniales dibujaron las fronteras sin ningún tipo de reconocimiento de los verdaderos límites culturales.

[185]

En el caso de Sudáfrica, la utilización del deporte como instrumento político entrega muestras de éxito. Los triunfos alcanzados en el Mundial de Rugby (1995) y en la Copa de Naciones Africanas (1996), así como la organización de la Copa Mundial de Fútbol (2010) son claros ejemplos de cómo un país fragmentado, con una carga histórica traumática y carente de una identidad nacional encuentra en los eventos deportivos de alta convocatoria un objetivo común: ser reconocidos internacionalmente como una democracia que avanza en su consolidación, se hace cargo de su pasado y afronta el futuro con mayores expectativas.

Del mismo modo, el desafío de conducir al continente en la arena internacional es asumido con fuerza a partir de una reclamación para África de estos mega eventos, alegato que ciertamente busca consolidar su prestigio de potencia regional, pero también en su trasfondo exige a la comunidad

internacional saldar una deuda con una parte olvidada del mundo. Estos acontecimientos de alta repercusión pública son una excusa perfecta para que los países desarrollados y otros actores transnacionales poderosos puedan contribuir al mejoramiento de la calidad de vida de millones de personas.

En definitiva, el balance de la Copa Mundial de la FIFA Sudáfrica 2010 entrega un saldo positivo no solo en términos económicos y comerciales sino también emotivos, por cuanto se traduce en un momento de encuentro y alegría de quienes buscan romper el círculo del subdesarrollo. Además, no debe olvidarse que este mega evento deportivo es también una oportunidad para repensar el papel de la cultura africana, su identidad y representación, por cuanto los logros alcanzados no solo deben ponderarse en términos de gestión organizativa, sino también en cómo la población local exige ser valorada en el escenario global.

Referencias bibliográficas

1. Alden, Chris y Le Pere, Garth. (2006). *South Africa's Post-Apartheid Foreign Policy: From Reconciliation to Revival?* New York: Oxford University Press.

[186]

2. Allison, Lincoln y Monnington, Terry. (2002). Sport, Prestige and International Relations. *Government and Opposition*, 37(1), pp. 106-134.

3. Bale, John y Cronin, Mike (eds.). (2003). *Sport and Postcolonialism*. Oxford: Berg.

4. Barber, James. (2005). The New South Africa's Foreign Policy: Principles and Practices. *International Affairs*, 81(5), pp. 1079-1096.

5. Bischoff, Paul-Henri. (2003). External and Domestic Sources of Foreign Policy Ambiguity: South African Foreign Policy and the Projection of Pluralist Middle Power. *Politikon*, 30(2), pp. 183-201.

6. Bischoff, Paul-Henri y Southall, Roger. (1999). The Early Foreign Policy of Democratic South Africa. En: Wright, Stephen (ed.). *African Foreign Policies*, (pp. 154-181). Boulder: Westview Press.

7. Bolsmann, Chris. (2010). Mexico 1968 and South Africa 2010: Sombreros and Vuvuzelas and the Legitimation of Global Sporting Events. *Bulletin of Latin American Research*, 29(Issue Supplement), pp. 93-106.

8. Burger, Johan. (2007). A Golden Goal for South Africa. Security Arrangements for the 2010 FIFA Soccer World Cup. *SA Crime Quarterly*, 19(March), pp. 1-6.

9. Chalip, Laurence; Green, Christine y Hill, Brad. (2003). Effects of Sport Event Media on Destination Image and Intention to Visit. *Journal of Sport Management*, 17(3), pp. 214-234.

10. Cornelissen, Scarlett. (2004a). Sport Mega-Events in Africa: Processes, Impacts and Prospects. *Tourism and Hospitality Planning & Development*, 1(1), pp. 39–55.
11. Cornelissen, Scarlett. (2004b). 'It's Africa's Turn!' The Narratives and Legitimizations Surrounding the Moroccan and South African bids for the 2006 and 2010 FIFA Finals. *Third World Quarterly*, 25(7), pp. 1293–1309.
12. Darby, Paul. (2000). Africa's Place in FIFA's Global Order: A Theoretical Frame. *Soccer and Society*, 1(2), pp. 36-61.
13. Department of Environmental Affairs and Tourism. (2010). *South African Tourism. Impact of 2010 FIFA World Cup*. Recuperado de <http://www.tourism.gov.za>.
14. Du Plessis, Stan y Maenning, Wolfgang. (2009). South Africa 2010: Initial Dreams and Sobering Economic Perspectives. En: Pillay, Udesch; Tomlinson, Richard y Bass, Orli (eds.). *Development and Dreams. The Urban Legacy of the 2010 Football World Cup*, (pp. 55-75), Cape Town: HSRC Press.
15. George, Alexander y Keohane, Robert. (1991). El concepto de interés nacional: usos y limitaciones. En: George, Alexander. *La decisión presidencial en política exterior: el uso eficaz de la información y el asesoramiento*, (pp. 223-243). Buenos Aires: GEL.
16. Gong, Gerrit W. (1984). *The Standart of Civilization in International Society*. Oxford: Clarendon Press.
17. Horn, André y Breetzke, Gregory. (2009). Informing a Crime Strategy for the FIFA 2010 World Cup: a Case Study for the Loftus Versfeld Stadium in Tshwane, South Africa. *Urban Forum*, 20, pp. 19-32.
18. Kim, Samuel S. (2006). *The Two Koreas and the Great Powers*. New York: Cambridge University Press.
19. Levermore, Roger y Beacom, Aaron (eds.). (2009). *Sport and International Development*. London: Palgrave Macmillan.
20. Levermore, Roger y Budd, Adrian (eds.). (2004). *Sports and International Relations. An emerging relationship*. New York: Routledge.
21. Makalima, Mlungisi. (2004). La política exterior de Sudáfrica post-Apartheid. *Relaciones Internacionales*, 13(27), pp. 161-168.
22. Mandela, Nelson. (1993). South Africa's Future Foreign Policy. *Foreign Affairs*, 72(5), pp. 86-97.
23. Markey, Daniel S. (2000). The Prestige Motive in International Relations. Manuscrito inédito, Princeton University, New Jersey, USA.
24. Markey, Daniel S. (2002, August 30). Prestige Norms: From Domestic Society to International Society? Paper Presented at the Annual Meeting of the American Political Science Association, Boston Massachusetts.
25. Meynaud, Jean. (1972). *Sport et politique*. Paris: Payot.

26. Morgenthau, Hans J. (1986). *Política entre naciones. La lucha por el poder y la paz*. Buenos Aires: GEL.

27. Nanjira, Daniel Don. (2010). *African Foreign Policy and Diplomacy*. Santa Barbara: Praeger.

28. Nel, Philip; Taylor, Ian y van der Westhuizen. (2000). Multilateralism in South Africa's Foreign Policy: The Search for a Critical Rationale. *Global Governance*, 6 (1), pp. 43-60.

29. Nolte, Detlef. (2006). *Potencias regionales en la política internacional: conceptos y enfoques de análisis*. German Institute of Global and Area Studies (GIGA), Working Paper Series, N° 30.

30. Peñas, Francisco Javier. (1999). Estándar de civilización. Las historias de las relaciones internacionales. *Revista Jurídica de Estudiantes*, 1, pp. 83-117.

31. Redekera, Robert. (2008). Sport as an Opiate of International Relations: The Myth and Illusion of Sport as a Tool of Foreign Diplomacy. *Sport in Society*, 11 (4), pp. 494-500.

32. Salvatierra, Miguel. (1991). La evolución de Sudáfrica. *Política Exterior*, V(19), pp. 170-179.

33. Vásquez, Alexis. (1991). *Deporte, política y comunicación*. México D. F.: Editorial Trillas.

[188] 34. Venter, Denis. (2001). South Africa Foreign Policy. Decisionmaking in African Context. En: Khadiagala, Gilbert M. y Lyons, Terrence (eds.). *African Foreign Policy. Power and Process*, (pp. 159-183). Boulder: Lynne Rienner Publishers, Inc.

35. Vicente, Antonio y Moreno, María Teresa. (2009). Identidad nacional: planteamiento y evaluación de un modelo estructural, *Obets. Revista de Ciencias Sociales*, 3(julio), pp. 19-30.

36. Youngho, Kim. (2004). Does Prestige Matter in International Politics? *Journal of International and Area Studies*, 11(1), pp. 39-55.